



Revista de Orientación y Cultura, dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XV

San Salvador, C. A., Mayo de 1960.

Número  
148

## ORIENTACION

### *Descargando Culpas*

*Táctica ésta de descargar culpas en hombros ajenos muy propia de gente poco noble que sintiéndose culpable se pone a cubierto de antemano por lo que pueda suceder.*

*Táctica por lo demás muy antigua heredada de nuestros primeros padres. Adán inculpó a Eva y ésta a la serpiente que había sido solamente ocasión de su pecado. Quizá porque era el primero que se cometía y la naturaleza humana no quedó del todo estragada, no añadieron ni ironía ni calumnia a sus inculpaciones.*

*Ahora es otra cosa. Desde hace algún tiempo observamos que a manera de táctica premeditada se inculpa a la Iglesia de fracasada en poner coto y purificar la inmoralidad que oprime a nuestra sociedad, cuyos alarmantes caracteres han sido reconocidos abiertamente por nuestras autoridades. Así por ej. se hizo en nuestro pasado Seminario Nacional de Moral por un grupo de clara ideología comunista; por supuesto, no se recatan de decirlo los protestantes y sus simpatizantes; hasta se estampa con letras destacadas en la prensa y aún hay quien diga ante representaciones hechas a la competente autoridad sobre faltas graves contra la moralidad en instituciones públicas, algo así como "ya ven, cuatro siglos lleva la Iglesia entre nosotros y miren como estamos".*

*Al fin de cuentas estos ejemplitos pueden ser índice de que nuestra sensibilidad ante la inmoralidad de una u otra clase, no está del todo muerta. ¡Cuánto mejor sería aprovecharla de ocasión para un sincero examen de con-*

ciencia y un firme propósito de la enmienda, implorando para lo uno y lo otro la gracia de Dios, siempre dispuesto a concederla a quien humildemente se la pide!

Porque vamos a ver. Tenemos que reconocer con las autoridades públicas que nuestra moralidad sufre gravísimas quiebras en todos los órdenes. Ahí están los índices altísimos de nuestra ilegitimidad que muchas veces presupone y otras facilita la inmoralidad, recorramos las estadísticas de los juzgados y los centros penitenciarios, abramos las páginas de nuestros diarios que día a día nos informan de hechos contra la honestidad, el respeto a los bienes privados y públicos, y lo que es más grave y más de sentir, contra la misma vida.

Puestos a estudiar las raíces de este nuestro triste estado de cosas se nos dirá que se debe a falta de cultura, al alcoholismo, a la procacidad publicitaria de periódicos y revistas, cine, radio y televisión. Y desde ahora pudiéramos comenzar a preguntar si Jesucristo fundó su Iglesia meramente para enseñar a leer, fundar clínicas antialcohólicas o establecer oficinas de decencia pública. ¿No es todo esto incumbencia primordial de los particulares y del propio Estado?

Jesucristo fundó su Iglesia para hacer bueno al hombre sobrenaturalmente, iluminando su entendimiento con las luces de la Verdad revelada y fortaleciendo su corazón con la gracia divina, de manera que ayudándole a llevar una vida cual corresponde a la del hijo de Dios, lo vaya a presentar ante su trono como candidato a la gloria. Para conseguir tan alto fin la Iglesia se preocupa también de la formación del hombre natural, íntimamente relacionado con el sobrenatural, pero es sólo en relación a él, y por eso tanto más podría despreocuparse de este aspecto cuanto mejor estuviera atendido por parte de los particulares y del mismo Estado, cuya finalidad es el bienestar temporal, no precisamente material, de sus súbditos. Este bienestar temporal comprende sin duda el espiritual, ahora confiado de manera especial a la Iglesia, de donde se sigue la armonía que debe existir entre las dos autoridades para mutua ayuda en favor del bien completo de sus subordinados. Si el Estado, olvidando sus deberes de crear un clima apto para la elevación que del hombre pretende hacer la Iglesia, no establece las debidas condiciones o introduce otras que le sean contrarias, no se podrá esperar que la Iglesia obtenga frutos espectaculares sino por milagro; y al contrario, si la Iglesia no es la luz del mundo y la sal de la tierra, que quiso fuese su Divino Fundador, no tardará la sociedad en presentar evidentes signos de descomposición individual y social. "Dejad un pueblo por veinte años sin sacerdote, decía el Santo Cura de Ars, y vereis que los hombres se han convertido en bestias". Algo que confirma la historia de muchos pueblos y hasta de naciones, aun bajo la capa de brillantes realizaciones materiales.

Ahora bien. Examinando el curso de las ideas y su influjo en las leyes y costumbres desde el Renacimiento pagano y la rebeldía protestante, veremos que se comenzó por hacer al hombre centro del mundo en vez de serlo Dios. Se negó que la Iglesia fuera una institución divina y que el Papa representaba a Jesucristo y pervirtiendo el orden establecido por Dios, el Estado empezó a revestirse de atributos absolutos, relegando a la Iglesia a la condición de una sociedad privada con la que para nada había que contar en la vida pública a no ser cuando y como conviniera a los fines egoístas del mismo Estado. Esta ha sido la obra del liberalismo en los países católicos, secuela del protestantismo y padre del laicismo agostador del jugo espiritual de los pueblos.

Aquí mismo entre nosotros traicionando la voluntad expresa de los próceres de nuestra Independencia, hemos visto desde entonces:

*a obispos y religiosos expulsados varias veces;*

*a la Iglesia despojada de sus bienes o prácticamente obligada a malvenderlos;*

*a la Iglesia desconocida hasta el punto de no poseer personería jurídica;*

*a la Iglesia expulsada de los cementerios de sus hijos y de las escuelas;*

*a la Iglesia impedida en el libre ejercicio de la administración puramente espiritual del sacramento del matrimonio, con la agravante de ser este sacramento algo desconocido teóricamente para el Estado;*

*a la Iglesia preterida en sus días de fiesta, en la que se conmemoran los grandes acontecimientos de nuestra religión. Incluso el Domingo no está en la actualidad salvaguardado por ninguna de las Constituciones Centroamericanas, que solamente imponen un día a la semana, sin otra especificación y la sola observación de la Constitución hondureña de que suele ser el Domingo;*

*a los ministros de la Iglesia reducidos a un número determinado, impedidos o sujetos a especiales requisitos para su entrada al país;*

*a cosas sagradas y personas eclesiásticas ridiculizadas impunemente en "desfiles bufos" carentes de la más elemental moralidad;*

*sin voz activa ni pasiva para elegir y ser elegidos representantes del pueblo, y aun descalificados para tratar asuntos sociales, entre tanto que nada impedía la venida de los pastores protestantes.*

*Estos últimos años reconocemos gustosos que se ha operado un cambio favorable de clima en las relaciones Estado-Iglesia, fenómeno que es dado observar en todo el mundo denominado libre. Algunos de los hechos que acabamos de reseñar pertenecen desde hace largo o corto tiempo al archivo de la Historia, pero "de aquellos polvos vienen estos lodos". Todavía persisten otros en algunos de nuestros países.*

*El divorcio sigue debilitando la firmeza de la institución matrimonial, aun la insoluble ante Dios del matrimonio cristiano, y abriendo la puerta a nuevas uniones que el Estado reconoce aunque no las reconoce Dios.*

*La escuela oficial sostenida por los haberes nacionales de una mayoría católica, al no dar la enseñanza católica, obliga prácticamente a muchas familias a procurarse con nuevos gastos otro tipo de enseñanza que tampoco es del todo reconocida ni mucho menos retribuida. El vacío que en el alma de la inmensa mayoría de los niños educados en las escuelas públicas deja la enseñanza laica la constatan demasiado dolorosamente cuantos sacerdotes, por virtud de su ministerio, tienen ocasión de tratarlos. No es cosa fácil suplirla en horas extraordinarias fuera del horario escolar de parte ni de los niños, ni de los sacerdotes abrumados por su escasez con otros trabajos, con el resultado final de una gran ignorancia religiosa desde los primeros años de la vida, que viene a ser la mejor aliada para toda clase de inmoralidad.*

*La libertad concedida a las sectas ha tenido por fin debilitar la influencia de la Iglesia, desacreditarla y sembrar la confusión religiosa; la impunidad de que goza el crimen tampoco puede ser una condición favorable a la moralidad, sino todo lo contrario.*

*En estas circunstancias, que, además, llevan el lastre de las de otros tiempos ¿se podrá achacar de buena fe a la Iglesia su fracaso en la moralización de la sociedad?*

*Más bien habría de preguntarse cuáles han sido los resultados de la moral sin religión tan predicada mientras se ha estado obstaculizando a la Iglesia. Y los resultados y los peligros en ellos entrañados se vieron proclamados con voz bien autorizada en la convocatoria de nuestro pasado Seminario de Moral Nacional. Se necesitaban remedios urgentes y prácticos y se recurría a todas las fuerzas vivas de la nación y expresamente a las de la religión. Pero ¿con qué resultado? Con el de excluir a la católica que se funda en la palabra de Dios revelada, y tener que contentarse sus ministros con la exposición de una religión meramente natural y aun ésta contradicha por un grupo preparado, a lo que se pudo ver, de antemano. De esto da fe la Memoria del Seminario, que motivó una protesta de parte de la Iglesia, a la que se contestó con evasivas y este único resultado, el mismo que estamos comentando: el de que la Iglesia se tuvo que callar en todo lo concerniente a su campo específico y dar pie a que aparezca sin solución el grave problema propuesto, a pesar de estar presente a su tratamiento.*

*En un estado de cosas así lo digno de admirar es que haya todavía quien sinceramente se quiera preocupar de moralizar y no quiera Dios aplicarnos lo de la Escritura: "Hemos tratado de curar a Babilonia y no ha querido. Abandonémosla".*

*Es un fenómeno verdaderamente sorprendente a primera vista el que estamos observando desde hace unos dos siglos en los países tradicionalmente católicos, a saber, que son los mismos hijos de la Iglesia, bautizados en ella y aun algunos educados con esmero por ella los que se han impuesto la tarea de robarla, obstaculizarla, reducirla a simple asociación privada y luego con sangrante ironía denigrarla por fracasada.*

*¿Y no es prueba evidente de su fracaso este mismo hecho? se nos dirá.*

*Contestaremos distinguiendo que, aunque el fracaso fuera general y en un régimen de franca libertad, argüiría solamente la baja calidad de sus representantes, pero quedaría intacta la bondad y eficacia de la institución como tal. ¿Denigraremos a la Medicina porque los galenos sean incompetentes para conocerla y aplicarla? Nuestro caso, es muy otro por lo general. Los fracasados se deben inculpar el fracaso a sí mismos casi siempre y resentidos, no por el fracaso de la Iglesia, sino todo lo contrario, ante la interna y prodigiosa vitalidad que le es propia, hacen todo lo posible por contrarrestarla. No hemos de negar que en parte lo consiguen, pero no es la Iglesia la que fracasa, son ellos los que en algún sentido la hacen fracasar por los medios arriba indicados y mil otros más o menos claros o encubiertos.*

*Según un efato filosófico "las cosas se desarrollan y conservan según los principios que les dieron el ser". Nuestros pueblos vieron la luz en el regazo de la Iglesia y con la leche de su doctrina y de su gracia han de crecer y conservarse. Y lo que vale de nuestros pueblos, se puede decir de todo el mundo desde que tomó posesión de él el Hijo de Dios. No puede haber otro programa de redención y salvación aun bajo el aspecto verdaderamente humano y feliz de nuestra vida en el mundo.*

*Dejemos en paz a la Iglesia reconociéndole las libertades a que tiene derecho, como se la han comenzado a reconocer naciones aun protestantes y la misma Francia, colabore con ella el Estado sin salirse de su esfera, como es su obligación, y dejemos para entonces el enjuiciarla sobre un futuro fracaso.*